

nes humanas? ¿Los talentos propios para un estado están siempre unidos al orden del nacimiento de las familias? ¿El gusto que nos inspira la elección viene acaso con el orden del nacimiento? ¿Ha formado la naturaleza el corazón de los hermanos menores mas puro ó proporcionado para cumplir con las santas obligaciones del sacerdocio, que el de sus hermanos? Dios mio, vos no sois en vuestras elecciones esclavo de las ideas y antojos de los hombres; no sois un Dios de carne y sangre, ni procedéis en vuestras obras como los hombres.

Pero me direis que es imposible poder colocar en el mundo toda una familia numerosa. ¡Ah! ¿y es posible, católicos, que por no dividir vuestros bienes hayais de sacrificar vuestros hijos y el fruto de vuestras entrañas? Pero direis tambien, que seria cosa lastimosa el verlos afrentar su familia y seguir un partido poco decente á su nacimiento. ¿Con que vuestros hijos ó han de ser grandes segun el mundo, ó reprobados en la presencia de Dios? ¿No ha de haber para ellos mas que uno de estos dos destinos? ¿Una fortuna mediana os ha de parecer mas funesta que su eterna desgracia? Serian desgraciados en el mundo; ¿pero os parece nada el que lo sean en la eternidad? La verdadera desgracia consiste en no colocarse cada uno en el estado que le conviene. Pero decís que de este modo se arruinan las casas; os engañais, católicos, porque de este modo se prosperan: Dios mira con ojos mucho mas favorables aquellas felices familias en que cada uno ocupa el puesto que su Majestad le ha señalado. El anciano Jacob ve al tiempo de morir la futura grandeza de sus hijos, porque aunque los anuncia diferentes destinos, solo los pronostica los fines de Dios para con ellos. La prosperidad de las casas no siempre estriba en la fortuna, sino en las cualidades y

en la virtud de los que las sostienen. *Si el mismo Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que se esfuerza á levantarla,*¹ y por eso su decadencia y sus calamidades, son como una maldición que Dios ha unido para siempre al pecado de vuestras vocaciones forzadas: sacrificais los infelices hijos menores á la grandeza del primogénito, y sucede que los excesos le consumen, que muere sin sucesión, y su nombre se acaba con él, y con el sacerdocio forzado de sus hermanos. ¡Cuántas casas ilustres, de que ya no hay memoria, subsistieran aun hoy, si estos sacrificios de la ambición y del antojo no hubieran arruinado sus cimientos y sepultado su nombre y su grandeza en sus ruinas! Dejad vuestros hijos en la mano de Dios, católicos, porque no hay para nosotros estado seguro, ni en orden al mundo ni en orden á la eternidad, sino aquel en que el mismo Señor nos coloca.

Y este es el tercer principio de nuestros engaños en la elección de estado. Este es para nosotros el único camino de salvación que Dios nos ha preparado, y así en su elección solamente debemos atender á las utilidades que nos pueden resultar para nuestra salud eterna; esto es, que entre todos los caminos la religion y la razon quieren que escojamos aquel que atendidas las cualidades de nuestras inclinaciones y de nuestras flaquezas, nos proporcione mas medios para nuestra salvación.

No quiero decir que sea preciso retirarse á las soledades, huir de los empleos que mantienen la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los imperios, y negarse á las necesidades del estado, despreciar aquellas públicas profesiones que son útiles para mantener la sociedad, y de las que

¹ Psalm. 126. v. 5.

se forma su orden y armonía; huir como un escollo el sagrado lazo del matrimonio, al que la religion llama santo y digno de honor, con pretesto de que hay estados mas seguros para la salvacion; el silencio, el retiro y aun la austeridad de los claustros no siempre son la profesion mas segura para todos los hombres; en ella hallareis mas escollos que en el mundo, si no habeis sido llamados de Dios: la seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion del cielo. Loth permaneció fiel en medio de Sodoma, en donde le habia colocado el Señor, para confundir con el ejemplo de un justo los desórdenes de una ciudad pecaminosa, y cae en la montaña, donde se detuvo contra el orden del ángel que le queria llevar mas adelante. El retiro os servirá de escollo, si no os lleva á él el Espíritu de Dios; y la corte, de lugar de gracia y santificacion, si os llama á ella el orden del cielo.

Lo que quiero decir es, que siendo el principal negocio el llegar á un término feliz, seria necedad el dar preferencia al camino que se elige, solamente por ser de mas comodidad y lucimiento, y no por hallarse en él mas socorros y proporciones para concluir con felicidad la carrera. ¿Pues si atendemos á este principio, cuántas vocaciones veremos defectuosas? Y si no, vamos á la raíz: ¿De qué proviene que aquel haya seguido la carrera de la toga? Por que le pareció que haria mejor fortuna por el camino de la magistratura, que por el de los empleos militares: ¿por que sigue el otro el camino de las armas? Porque su nombre y los servicios de sus mayores le permitian el aspirar á todo, y cualquiera otro partido que tomase le dejaria en la oscuridad de una vida privada. ¿Por que uno compra á costa de todos sus bienes un empleo que le acerca á la persona del príncipe? Por que estando á la vista del soberano

se halla mas cerca del origen de las gracias. ¿Cuáles son los motivos que tiene el otro para inclinarse al altar? ¿Qué va á buscar á la iglesia, sus tesoros ó sus funciones, sus honores ó sus ministerios, el esplendor del santuario ó al Dios que en él se adora? No tiene mas señales de vocacion para un ministerio de humildad, que los fines de elevacion y de gloria; para un ministerio de solicitud y de trabajo, que las esperanzas del descanso y de la pereza; para un ministerio de desinterés, de modestia y de caridad, que los proyectos de lujo, de profusion y de abundancia; y como el infiel Eliodoro, solamente va al templo porque ha oido decir que en él hallará inmensas riquezas y los santos despojos de los pueblos.

Solamente la avaricia es la que regularmente decide de la variedad de nuestros destinos, porque además de que el espíritu de Dios no puede ser autor de estos motivos humanos, una eleccion que es obra de la concupiscencia, no puede menos de ser favorable al amor propio: si los fines de fortuna, de elevacion, de deleite, os han abierto el camino por donde vais, es preciso que en él halleis ocasiones de soberbia, de ambicion, de pereza y de sensualidad, tanto mas inevitables para vosotros, quanto mas declara vuestra eleccion vuestras desgraciadas inclinaciones á estos vicios, y así, sereis un mundano sensual, un cortesano ambicioso, un soldado impío, un magistrado injusto, un ministro corrompido, pues solamente habeis elegido el mundo por sus deleites, la corte por el favor, las armas por la libertad, la toga por los vanos distintivos y el altar por los honores y riquezas del santuario: Dios castigará tambien el desorden de vuestra eleccion, favoreciendo en ella las pasiones que os la inspiraron. Sereis colocados en los primeros tribunales de justicia, conseguireis el favor del príncipe

cipe, sereis distinguidos con todos los honores militares y ensalzados sobre el trono del santuario; pero estos favores temporales serán dones que os concederá Dios en su indignacion, y como han sido obra de vuestra concupiscencia, serán tambien instrumentos del mas justo castigo.

Pero si es cierto que no debe un gusto desarreglado decidir de la eleccion de nuestro destino, tambien lo es que tampoco debe decidir de esta eleccion el respeto humano que violenta el gusto y las mas inocentes y naturales inclinaciones que nacieron con nosotros y que precisamente son obra del Autor de la naturaleza; última causa de nuestro engaño en la eleccion de estado.

Y á la verdad, como de esta eleccion depende todo el sosiego y felicidad de nuestra vida, las condescendencias que violentan el corazon en este asunto son peligrosas: aquellas determinaciones en que tienen mas parte el respeto y el temor de los sugetos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones, siempre traen consigo el arrepentimiento y la amargura, todo lo que se determina en este particular sin nuestra inclinacion, y como contra nuestra voluntad, no puede tardar mucho en ser desaprobado por nosotros mismos.

Ahora bien, ¿no es este respeto humano el que preside casi siempre á la decision de nuestro destino y el que nos fuerza á unas resoluciones que desapruera nuestro corazon? Uno toma el partido de las armas y sigue un camino de que le apartan mil razones de temperamento, de gusto, de conciencia y aun de interés, solamente porque siendo de distinguido nacimiento, le parece cosa impropia el ceñirse á los cuidados domésticos, y porque el mundo tendria este sosiego por una indigna cobardía. Otro prefiere un peligroso celibato á un matrimonio que le degradaria de

su honor en el mundo, y quiere mas exponerse á todas las resultas de su fragilidad, que afrontar su nombre con una alianza desigual. Otro, sin tener inclinacion alguna al retiro, se consagra al Señor por pura soberbia, porque no teniendo para mantenerse segun su clase ni con que establecerse en el mundo, el santo retiro le parece mas honroso á la vista de los hombres, que una fortuna baja y oscura.

Casi ninguno decide de su suerte segun su corazon; el que es dueño de sí mismo decide de su estado, gobernándose por el temor del mundo y de sus juicios. En la tierna edad se mira como ley la voluntad de aquellos á quienes se debe la vida; no nos atrevemos á manifestar deseo alguno que se oponga á sus designios, procuramos ahogar unas repugnancias que presto llegarán á ser delitos. Hay algunos padres tan bárbaros é inhumanos, que por elevar uno de sus hijos sobre sus antepasados y hacerle ídolo de su vanidad, no reparan en sacrificar los demás y precipitarlos en el abismo; apartan del mundo á unos hijos que no tienen mas vocacion ni mas amor al retiro que la autoridad de sus padres; llevan al altar unas desgraciadas víctimas, que van á él mas para ser sacrificadas á la codicia de sus padres, que á la grandeza del Dios que en él se adora; dan á la Iglesia ministros que no son llamados á ella y que solamente aceptan el santo ministerio como un yugo pesado que se les impone por una injusta ley. Finalmente, con tal que lo que queda en el mundo de una familia luzca, brille y la haga honor, no les da cuidado de que las sagradas tinieblas del santuario oculten los pesares, los disgustos, las lágrimas y la desesperacion de aquella parte de la misma familia que se presenta á la vista del Señor. ¡Oh Diosmio! ¡qué terrible será en el dia de vuestras venganzas la presencia de estas desgraciadas víctimas para aquellos padres desna-

turalizados! ¡y cómo la desgracia de su suerte solicitará vuestra justicia para que venga su sangre contra los autores de su ser y de su eterna infelicidad! De este modo la imprudencia, el orden del nacimiento, la concupiscencia y los respetos humanos deciden de la suerte de casi todos los hombres, y de aquí proviene que haya tantos mal contentos en todos los estados, tantos disgustos en los matrimonios, tantas disensiones y tanta division en las familias, tantas murmuraciones y pesares en las cortes, tanto disgusto en la milicia, tanta violencia, tanto enojo y tanta amargura en los claustros. Por eso todos se quejan de su suerte y envidian la ajena; la mujer que vive en el mundo tiene por feliz á la esposa de Jesucristo, y ésta no tiene mas deseos que de parecerse á la mujer del mundo: el cortesano suspira por el sosiego de una vida privada, y al hombre particular le parece que no hay felicidad como la de la corte. Por eso, finalmente, nadie es feliz en el mundo, porque casi ninguno se halla en el lugar que le corresponde; pero si entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas frecuente el engaño, tambien es en la que este engaño mas debe temerse.

SEGUNDA PARTE.

Entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas de temer el engaño, ya se considere por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos, ya por parte de las gracias y de los socorros de que nos priva, ó finalmente, por parte de las resultas, casi siempre irreparables, que trae consigo.

Por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos: aunque su Majestad nos ha dado el ser y la libertad, no por eso ha

cedido los derechos que tiene sobre su obra. Nosotros no debemos disponer de nosotros mismos; él solo es quien debe emplearnos, segun los fines que se propuso cuando nos formó, y quien debe reglar el uso de los talentos que de él hemos recibido. Apenas salió el primer hombre de entre sus manos, cuando le aplicó á cultivar aquel lugar de delicias que habia de ser su morada; y con dedicarle á esta ocupacion, parece quiso dar á entender á todos sus descendientes que á él solo pertenecia el darnos empleo y ocupacion en este universo en que nos ha colocado.

Pero aun cuando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, por su sabiduría debiera ser el único árbitro de nuestro destino; porque conociendo él solo las mas secretas inclinaciones de nuestro corazon, descubriendo ya en los primeros principios de nuestras pasiones todo cuanto podemos ser, juzgando de nosotros mismos por las diversas relaciones de vicio ó de virtud que tienen los infinitos estados en que puede colocarnos, con las cualidades naturales de nuestra alma; viendo en nosotros mil disposiciones ocultas que nosotros no conocemos, y que solamente esperan la ocasion para manifestarse, habiendo sido él solo quien sacó de la nada y quien dió á todas las criaturas aquel orden admirable y aquel curso armonioso que no ha podido alterar la duracion de los tiempos, él solo puede prever cuáles son, en este conjunto tan bien ordenado, las circunstancias del siglo, de la nacion, del país, del nacimiento, de los talentos, del estado, mas favorables á nuestra salvacion, y juntándolas todas, por un efecto de su misericordia, formar como el hilo y sucesion de nuestro destino. Por eso le invocan los apóstoles cuando tratan de nombrar sucesor al discípulo infiel, porque él es quien conoce los co-

razones: *Vos, Señor, que conocéis los corazones de todos los hombres, le decían, manifestadnos el que habeis elegido.*¹

A la verdad, católicos, solo Dios es quien nos conoce, y nosotros no nos conocemos á nosotros mismos. Nuestras inclinaciones nos engañan, nuestras preocupaciones nos arrastran, la confusion de los sentidos hace que nos perdamos de vista; cuanto nos rodea nos representa nuestra imágen ó confusa ó mudada, y es evidente que nosotros no podemos hacer la eleccion de nuestro estado sin engañarnos, porque no nos conocemos suficientemente para poder decir cuál es el que nos conviene; nos apartamos de las manos de la soberanía y ciencia divina, queremos ser nuestra guía y nuestra confianza, semejantes al pródigo del Evangelio, obligando al padre de familias á que deje á nuestra disposición y á nuestro capricho los dones y talentos, cuyo uso queria arreglar él mismo; rompemos todos los lazos de dependencia con que aun estamos unidos á él, y así, en vez de vivir bajo la proteccion de su brazo, nos deja andar extraviados, lejos de su presencia, siguiendo el impulso de nuestras pasiones en regiones extrañas.

Segunda razon: si es tan de temer el engaño en la eleccion de estado, es principalmente por razon de las gracias y socorros de que nos priva. Sí, católicos, así como son distintos los ministerios en el cuerpo de Jesucristo, lo son tambien los dones y las gracias. Como en todos los estados hay sus peligros y sus dificultades particulares, en todos se necesita de particulares socorros para vencer estos obstáculos y evitar estos peligros. En los tesoros de la divina misericordia, por decirlo así, gracias de magistratura, de sacerdocio, de mando militar, de padre de familias, de

¹ Act. 1. v. 24.

hombre de república y de persona privada; gracias de matrimonio, de celibato, de corte y de retiro; y como Dios nunca intenta el fin sin disponer antes los medios para conseguirle, al mismo tiempo que en sus eternos decretos señaló á cada uno de nosotros el estado en que queria que obrásemos nuestra salud eterna, vinculó á esta eleccion los socorros propios y singulares con que pudiésemos cumplir sus obligaciones.

Pero, católicos, para participar de las gracias de un estado es necesario que Dios nos haya llamado á él: si sois vosotros mismos los que os habeis colocado en él, vosotros debéis buscar los medios para manteneros; si el Señor no os preparó el camino en que habeis entrado, tampoco os alargará su mano misericordiosa y tendreis que caminar solos por él. El Señor no ha de mudar por nosotros el orden inmutable de sus eternos consejos: vosotros os habeis apartado del plan de su providencia, y no ha de retractar la inmutabilidad de sus designios por acomodarse á vuestro antojo, sino que os entregará á vuestra propia desgracia. Vosotros no habeis elegido el estado y ministerio que os destinaba en el cuerpo místico de su Hijo, y así tampoco os mirará sino como un miembro monstruoso que está fuera de su lugar, y no es capaz de recibir el influjo y el espíritu que anima á lo restante del cuerpo.

Por eso el Señor en sus misericordiosos fines para con vosotros, os habia preparado gracias de retiro, de mortificacion, de castidad y de silencio; queria santificaros en lo interior de su santuario lejos del mundo y de sus peligros; habia determinado uniros á sí con sagrados lazos y haceros llevar su yugo desde vuestra tierna edad; tambien os habia dotado de felices inclinaciones, las cuales parece os manifestaban desde lejos el camino que el Señor os preparaba,